

Y AHORA, A QUIEN COÑO VOTO?

Por sus actos les conoceréis y no por sus intenciones. Goebels insistía en que una mentira repetida muchas veces se convierte en verdad. Para muchos, la verdad es una decisión. La propaganda nos vende en un paquete decorado de rebeldía, la narrativa que enlaza en el oximorón populista-nacionalista-socialista: Izquierda, social, progresista, moderna, ilustrada, democrática, cosmopolita,...; pero la Izquierda tal y como manifiesta, no por sus intenciones, sino por sus hechos, no deja de ser tanto o más reaccionaria que la Derecha, un freno eficiente contra la modernidad, la libertad, la democracia, la igualdad, el progreso y la solidaridad, con diferente estética y márketing, al servicio de las élites conservadoras e interesadas en permanecer y sobrevivir. Secuestradores de un espacio político humanista de cambio y modernidad.

Al heredar el Socialismo la Lucha de Clases, sigue en esos vicios, fracaso tras fracaso, redefiniendo Clases, mientras las élites aplauden por tener al Cambio embridado y barato,... mucho más barato que con las engominadas castas de corbata en la Derecha. Los socialistas y populistas son un chollo para el capital, aunque todos deban guardar las apariencias y parecer enfadados. El ejército de Pancho Villa en sus cargas gritaba y disparaba al aire, la Izquierda Reaccionaria se dispara a los pies de los suyos.

Endeudamiento.

Un banco es una fábrica que transforma confianza en dinero. Como cualquier empresa, los bancos adquieren confianza al menor precio posible y venden dinero al mayor precio posible. El valor de un aval depende de la confianza en realizarlo, así un aval “salario de funcionario” valdrá más que un contrato “laboral por obra”; unos terrenos en un país serio, con notarios, justicia independiente,... valdrá más que solares en un país sujeto a los vaivenes del tirano de turno o de los bandazos legislativos; una firma valdrá más en un sistema judicial rápido y consistente, que en uno lento y parecido a una lotería.

Los bancos solo tienen poder sobre aquellos que les deben dinero. Al pedir dinero a un banco, nos cobra con nuestra libertad de disponer de nuestro patrimonio y renta a voluntad y si nuestro comportamiento genera dudas respecto a nuestro compromiso contractual con ellos, nos dan un toque. Los bancos no sólo mandan sobre los gobiernos y les dicen lo que deben hacer, sino que es su obligación hacerlo, pues su negocio es que paguen por lo que compran. Si los gobiernos no debieran a los bancos,... como si la asociación de criadores de periquitos, opinara.

Todos lo sabemos y lo sufrimos, no nos gusta, pero lo hacemos. No nos obligan a pedir dinero, como la verdulera no nos obliga a comprar verduras al decirnos “mira que hermosas acelgas”. Un gobierno que gasta más de lo que recauda, vende esa diferencia por reducción del valor de los votos de cada uno de nosotros. Si debe mucho, serán los bancos y no los electores los que marquen sus agendas, por mucho que para disimular arenguen, protesten, griten, pidan auditorias, amenacen,... comedia.

A los bancos no les interesa un gobierno de derechas o de izquierdas, como no les interesa al pedir una hipoteca los discursos que le soltemos al director de la sucursal. No le importa lo que piensa la verdulera respecto a la agricultura sostenible. Les interesa vender dinero y para ello primero hay que pedirlo y después avalarlo. Cuanta más confianza, más dinero pueden vender. Un país confiable y que no se endeude, sea de derechas o de izquierdas, dispondrá de margen para

decidir. Un país impredecible y que se endeude, puede hacer todos los referéndums y elecciones que quiera,... recordemos a Tsipras y Varoufakis... o a Zapatero y Rajoy modificando la Constitución para que tuviera la deuda prioridad de pago.

Si los bancos pudieran votar explícitamente, lo harían a favor de quien más ofreciera gastar en todo tipo de servicios públicos, subvenciones y obras faraónicas. Un partido progresista no puede vender valor de los votos a cambio de deuda,... tal vez deba proponer subir impuestos, pero cualquier déficit público desplaza decisión del voto al banco. La Izquierda deuda para servicios públicos, vende un porcentaje de nuestros votos.

Contra semejante obviedad, algunos pretenden justificar con Keynes el seguir ofreciendo poder a los bancos con déficit público, pero las teorías económicas se refieren a adelanto de dinero para inversiones que ofrecen retorno en forma de renta y de modo contracíclico, justo lo contrario de lo que suele aplicar la Izquierda Reaccionaria.

Colectivización.

El Socialismo recuerda el concepto marxista de Clase, evolucionando de Proletariado como colectivo de trabajadores, definidos como explotados por el empresario, a todo tipo de compartimentos etiquetados por territorios, funciones, intereses,... redefinidos homogéneamente por quien se adjudica ser moralmente superior por pensar guay. Todos los hombres son unos egoístas. Los alemanes, cuadrículados. Los toreros son analfabetos y andaluces. Los gaditanos son graciosos. Los empresarios, explotadores. Los turistas, borrachos. “¿Qué opina Ud. De los catalanes? No sé, no los conozco a todos”.

En democracia, la legislación trata, o debería tratar, de actos, no de intenciones y estéticas, que se quedan para el rito electoral. Los actos los hacen los ciudadanos responsables. Los pueblos, los colectivos, las clases, las castas,... no son responsables de sus actos y no son sujetos políticos legibles. Para la normativa jurídica democrática, los colectivos no roban, no violan, no manchan, no engañan, no explotan,... ni aunque una mayoría estadística de sus individuos, lo hagan. Basta que haya un solo rico empresario judío heterosexual propietario de un piso en alquiler, para que su presunción de explotador, buitre, maltratador, evasor y usurero, no pueda de ningún modo ser legible en democracia. Ciudadanos responsables de esos colectivos no responsables, cometen actos que la legislación controla directamente citando al individuo. Nadie manda un burofax o sienta en el banquillo, a los fondos buitre en plural, sino a entidades jurídicas singulares. Alguno lo entendió y llevándolo al extremo, tomo a colectivos por responsables y legisló, juzgó y condenó.

La proporción de población reclusa gitana es desproporcionada respecto a su presencia en la sociedad, la proporción de hombres que utilizan la violencia contra las mujeres es desproporcionada respecto a su mitad social,... Carlos III no quería en sus ejércitos “gitanos, murcianos y otras gentes de mal vivir”. Ser gitano no es legislativamente un argumento para suponerle traficante de drogas. Ser rico no es legislativamente un argumento para suponerle defraudador de impuestos. Son los ciudadanos de condición gitana, los ciudadanos de condición ricos, o los de condición heterosexual, los que son responsables de sus actos y habrá aunque sea pocos, empresarios gitanos heterosexuales a los que maltrata su mujer, sus trabajadores le chulean y cumple con todas las obligaciones fiscales. En democracia basta uno para que su derecho sea indiscriminado: ni positiva ni negativamente.

Se van definiendo colectivos según homologación de intención de voto y se definen por estereotipos. Los okupas son un colectivo que ante su imposibilidad de ejercer el derecho constitucional a una vivienda digna, toman viviendas en desuso; y la imaginaria los viste como aquella familia en paro con hijos más allá del umbral de la pobreza. Las instituciones externalizan a los propietarios, su incumplimiento constitucional. Así, se legisla según definiciones de colectivos no responsables al que se adscriben actos de ciudadanos okupas responsables que lo hacen como instrumento de chantaje a constructores o por priorizar sus gastos de otro modo que los demás.

Para la Izquierda Reaccionaria unos territorios roban a otros territorios, los hombres maltratan a las mujeres, los empresarios explotan a los asalariados, los fondos buitres invierten para empobrecer a los consumidores, los especuladores venden su casa con alevosía,... destruyendo el tejido fundamental de la democracia: la responsabilidad del ciudadano presuntamente igual a los demás conciudadanos sobre sus actos. Una mujer mata a su marido y con decir que lo apuñaló por evitar que la maltrataran, sale libre. Un hombre se divorcia de su mujer que le ha sido infiel con el monitor de su gimnasio, y le tiene que ceder la mitad de la farmacia.

El valor del voto del ciudadano que quedaba tras restarle la deuda en su nombre comprada, es recortado de nuevo, esta vez a unos más y a otros menos, en función del tópico oficial del colectivo al que le adscriben. Pensionistas, turistas, constructores, arrendadores, agricultores, culturistas, transexuales,... son tratados legislativamente en presunción por clichés, que condicionan por ser, su responsabilidad por hacer. Toda discriminación positiva implica una discriminación negativa y la segregación social determina colectivos moralmente superiores y legislativamente desiguales según la etiqueta.

Remoralización

Pretendía la democracia ser laica, cuando la Izquierda Reaccionaria ha ocupado su espacio moral, graduando qué es bueno y qué es malo. Quien es guay y quien es facha. Nuevos curas que no saben muy bien en qué creen, pero lo hacen intensamente y determinan sin dudarlo cual es la etiqueta del voto a tal o cual otro partido. Ellos definen a los colectivos inmorales. Es buena la homosexualidad pero son malos los tríos; las mascotas son buenas, las corridas de toros son malas; los trabajadores son buenos, los capitalistas son malos; los okupas son buenos, los especuladores son malos; la energía solar es buena, la nuclear es mala; las carreteras estrechas son buenas, las autovías son malas; el hidrógeno es bueno, el diesel es malo; los ecologistas son buenos, los cazadores son malos;... no acabaríamos con el catecismo disperso con el que nos machacan todos los días.

Algunos se comportan como si hubieran decidido nacer en tal o cual patria o clase social, confundiendo fortuna con mérito, como si hubieran decidido también cuando vivir. Por coordenadas espaciales, unos viven en tal o cual territorio y por coordenadas temporales, todos vivimos en el Presente. Un nativo de Suecia no suele pretender ser ecuatoriano, pero los residentes en la segunda década del siglo XXI, deciden en qué momento de la historia tiran el ancla y están viviendo, y a menudo no tanto de la historia académica, sino de su propia versión interesada de una historia inventada. Siempre se puede construir una falsa narrativa de estereotipos verdaderos. Si no nos gusta la realidad, nos inventamos otra.

A menudo los titulares de la narrativa no saben muy bien de lo que hablan, pero están muy convencidos de lo que dicen. No tomamos decisiones morales, sino decisiones en las que valoramos pros y contras, costes y beneficios morales, de estrategias de competición y colaboración. Quien controla el valor ético no necesita intervenir los precios. La moral es un acuerdo colectivo de valoración de costes que tiende a ser secuestrado por las élites que se creen en el poder. Cada partido, como cada credo, propone una moral, un modo de completar la tabla de valores e incluso de suplantarla y saltarse así las Leyes de Mercado, método colectivo de asignación de costes y beneficios. Quien pide que fabriquen dinero, acto seguido, declara estar en contra del dinero y del poder que vende a quien se lo fabrica. Mal negocio cuando deteriora su materia prima. Constrúyame un mueble, pero como no estoy de acuerdo con que se corten árboles, hágalo con menos o peor madera, pero que sea de calidad...

El poder del banco en decirle a los gobiernos cómo administrar. El poder del gobierno en asignar valores a la ética, en decirle a los ciudadanos de qué colectivo se les presume culpable o víctima. El poder de los colectivos en definirse por sus tópicos. Tópicos de la nueva moralidad Cumbayá, ahora impuesta por una nueva curia, con sus preceptos, misas, pecados y penitencias. Tablas de valoración moral que sustituyen la valoración colectiva. Nada nuevo en éste falso laicismo clerical en el que las sotanas se han cambiado por estéticas New Age y los sermones por soflamas y eslóganes igual de vacíos: salvemos el Planeta, la libertad de los pueblos, justicia social,... pero tanta hipocresía puede incluso empeorar.

Nacionalismo

No hay productos ni servicios locales. El agricultor más hippy depende de conocimientos desarrollados por toda la Humanidad durante milenios, se ha formado a lomos de filósofos y científicos de todos los países, circula en un invento extranjero llamado bicicleta y cocina con fuego. No hay lavadoras nacionales, ni vino riojano, ni software libre,... todo es un complicado puzzle de innumerables piezas de gentes de todos los lugares y de todos los tiempos. Vivimos en un mundo dependiente, líquido, globalizado, voraz y acelerado. No nos podemos bajar, pero nos negamos fácilmente a evolucionar con ello inventando realidades. El nacionalismo es solo un eje más de colectivización de la responsabilidad ciudadana, con la excusa de una narrativa de enemigos y rencores, contra una realidad confeccionada para que asuste.

La más hipócrita de las colectivizaciones al descaradamente perseguir la insolidaridad con excusas de justicia, libertad, democracia y cualquier otra palabra que bien suene, pronunciada desde estéticas rebeldes que reclaman exclusión. Los pueblos no son responsables de actos legibles, sino sus ciudadanos; y los actos de los ciudadanos no definen su responsabilidad por los tópicos de sus pueblos, como no se definen por su sexo, contrato laboral,... El nacionalismo no es una ideología sino el repliegue defensivo de un colectivo en base a la justificación de una narrativa conveniente. Con la excusa del amor, toman en propiedad lo que no es suyo. Son ellos los que se someten a su territorio, por el módico precio de creerse con derechos sobre la cuna que les abraza. Solo una coartada para la extorsión y la apropiación indebida.

El nacionalismo -y tanto da que sea españolista o vasco, kurdo o turco- no es tanto una cuestión territorial como temporal, pues no se pretende ser de un lugar, sino de un tiempo adecuadamente elegido que ya no existe,... ni al mirarlo al detalle, existió. Si a algún voto de un ciudadano le quedara algún valor tras el endeudamiento, la valoración moral de los actos y la colectivización,

aparecen unos tipos del siglo pasado, o incluso del XIX -decimonónicos-, que han decidido no sólo bajo qué tópico y narrativa nos definimos como Pueblo, sino que derechos de propiedad tiene ese concepto demodé y en qué márgenes sobre la homogeneidad se puede mover el ciudadano patriota.

Si hay alguien que robe a alguien, comete un delito. Si alguien maltrata a alguien, comete un delito. Los colectivos territoriales no pueden cometer delitos contra otros colectivos. Los conflictos no se resuelven con la responsabilidad de cada parte sobre la mesa, sino por la fuerza. Salvo Navarra y País Vasco, los territorios no pagan impuestos, sino sus ciudadanos. Los recursos públicos se reparten a las administraciones colectivas para gastos comunes, pero también individualmente a los pensionistas, parados, subvenciones agrícolas, ayudas a los libros de texto,... Personas pagan, personas reciben servicios públicos e ingresos personales. Si alguien cobra una pensión del abuelo fallecido, comete un delito, pero si en un pueblo rural y envejecido del Pirineo sus inquilinos cobran pensiones y subvenciones, no están robando a los de Barcelona, por más que obviamente su balanza fiscal sea lógicamente favorable. En otro caso los pensionistas barceloneses, deberían cobrar más.

El valor de un mercado intervenido, el valor de unas relaciones morales intervenido y por si no bastara, el Nacionalismo pretende intervenir el valor de las emociones, pues el apego a la familia y a la tribu están programadas en nuestra genética. Eso sí, con estética, narrativas, moralizaciones, colectivizaciones, decoradas en un márketing de marca Izquierda que basan su progresismo no en actos, sino en flequillos, camisas de cuadros, coletas, pancartas, canciones, gritos, eslóganes, rastas, ropa fea,... Izquierda Nacionalista es un oximorón que se suponía fue defenestrado como Nacional Socialismo, pero que sigue ahí, con nueva estética y casi sin cambiar ni siquiera el nombre, sólo el branding. Nuevos curas con viejos sermones.

Desmonetarización

Tomamos miles de decisiones cotidianas. Nos levantamos por la mañana tras evaluar nuestra obligación respecto a la comodidad de quedar un ratito más. Decidimos girar a la derecha o a la izquierda, uno o dos terrones,... Todo son decisiones económicas en las que mezclamos valores emocionales, morales y monetarios (pereza, llegar tarde al curro y riesgo de sanción). Aparco aquí o doy vueltas hasta encontrar un sitio mejor. Si aparco aquí tendré que poner tique y volver dentro de un par de horas, pero si aparco allá, igual no, pero subido en la acera igual un inválido con silla de ruedas no podrá pasar,... pero tengo prisa y lo primero es que no me echen la bronca, por lo que me justifico en que no pasan muchas ancianas con taca-taca a estas horas. Las decisiones se toman tras valorar información incompleta en juegos de suma-no-cero, de solución difusa, pero siempre son económicos,... incluso alguna vez incluyen argumentos monetarios.

Las emociones son programas genéticos de valor (me duele, me produce ansiedad, rencor, placer,...); las reglas morales son imposiciones culturales de las élites que se arrojan el derecho a graduar el Bien y el Mal, aunque el voto pueda, en el grado que le queda de decisión, en algo democratizarlo; pero el precio es un acuerdo colectivo sobre el valor basado en la Ley de la Oferta y la Demanda. Los partidos pretenden intervenir el valor de las emociones, intervenir el valor ético e intervenir el precio. El dinero es un invento no sólo al nivel de la rueda, sino que es agua para el fuego de la violencia, siempre justificada por la moralidad. Todos los conflictos son por el distinto interés en la tabla de valoración económica: emocional, ética y monetaria. A ningún partido se le

ocurre declararse contrario a las cestas, la cerámica, las puntas de lanza o los anzuelos, aunque tal vez sea bueno definir como delito clavarle una flecha al vecino o romperle un jarrón en la cabeza.

La moralidad se puede votar, se puede acordar,... pero tiene tendencia a ser secuestrada por la élite,... como el dinero, y como élite, la Izquierda reaccionaria, prefiere aquel que puede definir. Define colectivo, define pueblo, define ideología, define moral y define precio. Los actos económicos morales son buenos, los actos monetarios son malos y el dinero es capital, como es capital es malo, sustituyamos moneda por ética, concienciación, educación... y si es necesario, manipulación. Semejante bobada ha colado y sigue colando en la turbidez de un charco que por sucio, parece profundo.

El dinero, como la moral, no son buenos ni malos. Se utilizan, como se utiliza un cuchillo para cortar o asesinar. La democracia es un concepto profundo contra la tendencia de unos pocos, mal intencionados o bien intencionados, da igual, a intervenir la emoción por la ilusión, el miedo, la amenaza,... Intervenir la ética por la manipulación y la propaganda,... Intervenir los precios por legiversación,...

Campañas de concienciación contra tirar papeles al suelo, afectan menos al resultado que poner multas al que tire papeles al suelo. Cuanto más monetarizadas estén las decisiones en base a precios definidos por la sociedad, y no impuestos por la élite moralmente superior de la Izquierda Reaccionaria, mejor información tendremos para decidir como ciudadanos y mayor responsabilidad asumiremos sobre nuestros actos. Moralizar o monetarizar: no se puede monetarizar todo, pero el camino es el contrario al tomado por la Izquierda. Cuanto más se monetariza, más democráticos son los precios y más responsables los comportamientos.

Resistencia al cambio

En un estudio con los asesinos en serie del Corredor de la Muerte, casi todos se sentían arrepentidos de lo hecho, pero casi todos tenían algún tipo de justificación. No se tenían a sí mismos por malvados, sino por buenas personas que habían errado y cometido maldades, por motivos de los que otros eran culpables. Actuamos y buscamos las justificaciones para convivir con nuestras decisiones.

Valoramos con insuficiente información en cada decisión que implique la relación con otros ciudadanos. Huir o atacar, competir o colaborar. Competimos si nuestra expectativa en los resultados es superior a colaborar, no en términos monetarios, sino económicos, es decir, incluyendo en la balanza los criterios emocionales y morales. Tanto en los modelos de simulación social, como en los estudios antropológicos con tribus o etológicos con chimpancés, está claro que una sociedad de ciudadanos aprensivos, inseguros respecto al futuro, temerosos, amenazados,... tenderá a la competitividad y a la jerarquía, al sálvese quien pueda, al Primero Yo, Primero Nosotros, Primero nuestro Pueblo, nuestro Colectivo, nuestra familia,... A igualdad de otros condicionantes, una sociedad confiada y positiva tenderá a la colaboración y a las decisiones horizontales y dinámicas.

Competición y colaboración son estrategias eficientes en sus entornos. Determinando el entorno, se impondrá una u otra como solución social mayoritaria, y no será por votos, ideologías o intenciones, sino por sus actos. Puede ser apropiado que una sociedad sea solidaria, con un tejido empresarial insolidario entre sí, con partidos políticos compitiendo y colaborando según sea el

objetivo. No hay estrategias buenas sino adecuadas, pero eso no se consigue con manipulación y propaganda, sino con tranquilidad. La insolidaridad será consecuencia de la percepción de amenaza y miedo respecto al futuro: empleo precario, inseguridad jurídica, déficit en las pensiones, inseguridad ciudadana, devaluaciones,... y el positivismo reactivará comportamientos solidarios, si consigue ilusionar a una ciudadanía.

Movilizar a su electorado es una necesidad de cada partido. Unir ante un enemigo colectivo que nos roba, que nos engaña, que nos sodomiza,... moviliza eficientemente a un colectivo, que inevitablemente tenderá a la insolidaridad. Una movilización de Izquierda con argumentos habituales de "lucha" con otras clases, en sociedades compartimentadas por estereotipos, en base a la amenaza y el miedo, generará que la solidaridad supuesta acabe siendo impuesta. Solo apelando a la ilusión y a la confianza (que se mide por la calidad del dinero), la movilización de los colectivos generará colaboración sin imposición. La Izquierda Reaccionaria, contra su propio discurso social, jalea a las masas en base a apocalipsis climáticas, catastrofismo económico, degradación de la calidad del dinero,... apuntando a aquellos aspectos negativos de los resultados de los demás. Como estrategia para captar votos que ya para poco valen, la movilización y los enemigos de fuera, de Madrid o yanquis, moros o chinos, especuladores o empresarios, por su dramatismo puede ser operativo, pero la polarización del cambio al grito de progreso solo beneficia a la insolidaridad, la imposición de políticas sociales y la reacción al cambio.

Apelar a las emociones que rigen nuestras decisiones automáticas de huir o atacar, produce emociones de refugio en cueva o bandada, agresividad, defensa o paralización, hacerse el muerto. Somos monos y las movilizaciones para conseguir solidaridad por lucha, amenaza y temor, generan insolidaridad, por mucha concienciación que lo pretenda solventar, sálvese quien pueda, que obliga a obligar solidaridad. Buscar la tribu y echar a los que sobran de la tribu, está programado en nosotros. En las bienintencionadas revoluciones, para obligar, se utiliza de nuevo la manipulación, la lucha, la amenaza y el temor y provoca a la larga, desde un objetivo de colaboración, una solución competitiva. Una espiral en la que se consigue lo contrario a lo pretendido. Solo las revoluciones por una ilusión y esperanza, tienen posibilidades sociales.

No es más fuerte el mono más musculoso de la tribu, sino aquel que forja mejores alianzas y que sabe adaptarse a los cambios de estación, de lluvias, a las enfermedades y depredadores. Escondarse, mirar para otro lado, crear soluciones a problemas inexistentes, prohibir, justificar,... todo es una narrativa poco consistente pero muy insistente. Gestionar la movilidad compartida, el alquiler vacacional, la información personal,... no es lo mismo que prohibir. Hay más opciones, pero son más elaboradas y hay que trabajar en ellas, requieren más esfuerzo mental. El progreso es adaptación.

Se supone que elegimos representantes para que gestionen un entorno dinámico, no para que se inventen un entorno estático, incluso un entorno recreado del pasado en forma de caricatura, que gestionar. La derecha es conservadora ante los cambios y la izquierda prohíbe los cambios, cuando la sociedad necesita gestionarlos, cintura para corretear. Adaptabilidad. El mundo es como es y se mueve como se mueve. Crear nuevas o recrear viejas realidades alternativas no ayuda a gestionar lo que hay. Si somos miles de millones de personas en un entorno de recursos finitos, con cambios acelerados,... la fragilidad y la aprensión ante el cambio -resistencia al cambio- aportan competición e insolidaridad. La colaboración es un lujo de los confiados y es dinero.

Si la opción a una Derecha Conservadora es una Izquierda Reaccionaria, cuyas diferencias son la estética y la narrativa de confirmación, compitiendo ambas por el favor de los bancos, por moralizar a la sociedad según criterios dispares, por intervenir las decisiones con distintas tablas de precios equivalentes, por compartimentar la sociedad en cajas distintas de etiquetas distintas, por resistirse a los cambios, por promover la insolidaridad con diferentes odios, rencores y miedos, que ofrezcan rédito electoral, tal vez alguien debería comenzar a pensar en algún Partido Liberal-Progresista para que los que deseamos la gestión de una sociedad diversa, solidaria, libre, ilustrada, democrática, igualitaria, justa, confiada, cosmopolita, responsable, moderna y adaptable, tenga a alguien que represente. La Izquierda tiene secuestradas las palabras, pero por sus hechos no es nada de todo esto, ni es lo opuesto a la Derecha, solo es neomoralidad New Age y narrativas Cuarto Milenio. Nos venden cola. Coca y Pepsi.

La oferta actual tiene una enorme, inmensa carencia de representatividad que nadie aprovecha.